



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Nació don Miguel Hidalgo y Costilla el año de 1747 en el pueblo de Pénjamo, en la Provincia de Guanajuato. Su padre don Cristóbal Hidalgo, era nativo de Tejupilco en la Intendencia de México, y habiéndose establecido en Pénjamo, casó allí con doña Ana María Gallagamandarte de quien tuvo cuatro hijos, el segundo de los cuales fué don Miguel, y de otros matrimonios tuvo otros muchos, de donde proceden los descendientes que hay con diversos apellidos. Don Cristóbal se trasladó con su primera mujer y los cuatro hijos que en ella tenía, a la hacienda de Corralejo, de la que fué nombrado administrador, y en ella se educaron éstos, dedicados a las ocupaciones del campo. Mandólos después a Valladolid, destinándolos a la carrera eclesiástica, a la abogacía y medicina, que eran las profesiones que solían abrazar los hijos de los que, como el administrador de una hacien-

da, podían hacer los gastos de una educación literaria, para proporcionarles un porvenir que no podían prometerse de la herencia que pudieran dejarles. Don Miguel se distinguió en los estudios que hizo en el colegio de San Nicolás de aquella ciudad, en el que después dió con mucho lustre los cursos de Filosofía y Teología, y fué Rector del mismo establecimiento. Los colegiales le llamaban "El Zorro", cuyo nombre correspondía perfectamente a su caracter taimado. Por los años de 1778 a 1779 pasó a México, donde recibió las órdenes sagradas y el grado de Bachiller en Teología, pues aunque, según se dice, el Cabildo Eclesiástico de Valladolid le franqueó más adelante cuatro mil pesos para los gastos y propinas del grado de Doctor los perdió al juego en Maravatío, al hacer el viaje a México para solicitarlo. Habiendo servido varios curatos, por muerte de su hermano mayor el doctor don Joaquín se le dió el del pueblo de Dolores, en la misma provincia de Guanajuato que aquél servía, y que producía una renta que ascendía a ocho o nueve mil pesos anuales. Poco severo en sus costumbres y aun no muy ortodoxo en sus opiniones, no se ocupaba don Miguel de la administración espiritual de sus feligreses, que había dejado, con la mitad de la renta del curato, a un eclesiástico llamado don Francisco Iglesias; pero traduciendo al francés, cosa bastante rara en aquel tiempo en especial entre los eclesiásticos, se aficionó a la lectura de obras de artes y ciencias, y tomó con empeño el fomento de varios ramos agrícolas e industriales en su curato. Extendió mucho el cultivo de la uva, de que hoy se hacen en todo aquel territorio considerables cosechas, y propagó el plantío de moreras para la cría de gusanos de seda, de las cuales existen todavía en Dolores ochenta y cuatro árboles plantados por él, en el sitio a que se ha

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

dado el nombre de "las moreras de Hidalgo", y se conservan los caños que hizo hacer para el riego de todo el plantío. Había además formado una fábrica de loza, otra de ladrillos, construido pilas para curtir pieles, e iba estableciendo talleres de diversas artes. Todo esto y el ser no sólo franco sino desperdiciado en materia de dinero, le había hecho estimar mucho de sus feligreses, especialmente de los indios cuyos idiomas conocía, y apreciar de todas las personas que, como el Obispo Electo de Michoacán Abad y Queipo, y el Intendente de Guanajuato Riaño, se interesaban en los verdaderos adelantos del país. No parece, sin embargo, que en algunos de estos ramos tuviese conocimientos bastante positivos, ni menos el orden que es indispensable para hacerles hacer progresos considerables. Preguntándole una vez el Obispo Abad y Queipo, qué método tenía adoptado para picar y distribuir la hoja a los gusanos según la edad de éstos, separar la seca y conservar aseados los tendidos, sobre lo que se hacen tantas y tan menudas prevenciones en los libros que tratan de esta materia, le contestó que no seguía orden ninguno, y que echaba la hoja como venía del árbol y los gusanos la comían como querían. "¡La revolución, me decía con este motivo el Obispo, de quien originalmente sé esta anécdota, fué como la cría de los gusanos de seda, y tales fueron los resultados!"

No obstante esto, había conseguido muchos adelantos, hasta hacer con la seda de sus cosechas algunas piezas de ropa para su uso y el de la señora, última esposa de su padre. Había aumentado también la cría de abejas, y de éstas hizo trasladar muchos enjambres a la hacienda de Jaripeo, cuando compró esta finca. Era muy afecto a la música y además de haberla hecho aprender a los indios de su curato, en donde había formado

sido casual el que ésta estallase en septiembre, son infundadas las inferencias que de esta circunstancia han querido sacarse.

Entre los varios escritos que se han publicado contra la revolución del cura Hidalgo, hay algunos en que se atribuye ésta a influjo francés, y se dice que el general Dalvimar, a su tránsito por Dolores, tuvo con el cura una larga conferencia, lo que dió motivo a que en las preguntas que se le hicieron en su causa, fuese una si había conocido a aquel general y qué conversaciones tuvo con él, a lo que contestó que lo había visto en su curato cuando lo traían preso, pero que sólo había hablado con él sobre cosas indiferentes, y esto a presencia de varias personas. Mil causas más poderosas que el influjo extranjero, contribuían a excitar la revolución y no hay necesidad de éste, cuando aquéllas están tan a la vista.

En el plan de la revolución, siguió Hidalgo las mismas ideas de los promovedores de la independencia en las juntas de Iturrigaray. Proclamaba a Fernando VII; pretendía sostener sus derechos y defenderlos contra los intentos de los españoles, que trataban de entregar el país a los franceses dueños ya de España, los cuales destruirían la religión, profanarían las iglesias y extinguirían el culto católico. La religión, pues, hacía el papel principal, y como la imagen de Guadalupe es el objeto preferente del culto de los mexicanos, la inscripción que se puso en las banderas de la revolución fué: "Viva la Religión. Viva Nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno"; pero el pueblo que se agolpaba a seguir esta bandera, simplificaba la inscripción y el efecto de ella gritando solamente: "Viva la Virgen de Guadalupe y Mueran los gachupines". ¡Reunión monstruosa de la

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

religión con el asesinato y el saqueo; grito de muerte y de desolación, que habiéndolo oído mil y mil veces en los primeros días de mi juventud, después de tantos años resuena todavía en mis oídos con un eco pavoroso!

No es extraño que en un pueblo en que por desgracia, la religión estaba casi reducida a meras prácticas exteriores; en que muchos de sus ministros, particularmente en las poblaciones pequeñas, estaban entregados a la vida más licenciosa; cuando el vicio dominante en la masa de la población es la propensión al robo, hallase tan fácilmente partidarios una revolución cuyo primer paso era poner en libertad a los criminales, abandonar las propiedades de la parte más rica de la población a un ilimitado saqueo, sublevar a la plebe contra todo lo que hasta entonces había temido o respetado, y dar rienda suelta a todos los vicios, prodigando como luego se hizo los grados militares, y abriendo un campo vastísimo a las ambiciones de los empleos. Así es que en todos los pueblos hallaba el cura Hidalgo una predisposición tan favorable, que no necesitaba más que presentarse para arrastrar tras de sí todas las masas; pero los medios que empleó para ganar esta popularidad, destruyeron en sus cimientos el edificio social, sofocaron todo principio de moral y de justicia, y han sido el origen de todos los males que la nación lamenta, que todos dimanar de aquella envenenada fuente.

A medida que Hidalgo en ésta y las siguientes marchas atravesaba los campos y las aldeas, se le iba juntando gente que formaba diversos grupos o pelotones, que por banderas ataban en palos o en carrizos marcados de diversos colores, en que fijaban la imagen de Guadalupe que era la enseña de la empresa, la

que también llevaban por distintivo en el sombrero todos los que se adherían al partido.

Los vaqueros y demás gentes de a caballo de las haciendas, casi todos de las castas, formaban la caballería, armada con las lanzas que Hidalgo había hecho construir de antemano, y con las espadas y machetes que éstos mismos hombres acostumbraban llevar en sus trabajos ordinarios; muy pocos tenían pistolas o carabinas.

La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos o cuadrillas, armados con palos, flechas, hondas y lanzas, y como muchos llevaban consigo sus mujeres e hijos, todo presentaba el aspecto más bien de tribus bárbaras que emigraban de un punto a otro, que de un ejército en marcha.

Los caporales y mayordomos de las haciendas que habían tomado partido, hacían de jefes de la caballería. A los indios los mandaban los gobernadores de sus pueblos o los capitanes de las cuadrillas de las haciendas, y muchos no llevaban armas ningunas, no yendo prevenidos más que para el saqueo.

A la gente de a caballo se le pagaba un peso diario a cada hombre y cuatro reales a los de a pie, pero como no había nunca revistas ni había un alistamiento formal, se cometían en esto los mayores robos y desórdenes, aunque se estableció una tesorería a cargo de D. Mariano Hidalgo, hermano del cura. Este no se ocupaba de las provisiones y medios de subsistencia de esta muchedumbre desordenada. En mitad de septiembre, en que tuvo principio la revolución, los maíces ya maduros en los campos, y en aquella época de riqueza y prosperidad para la agricultura, en especial en la opulenta provincia de Guanajuato

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

to, las haciendas abundaban en ganados y en toda clase de mantenimientos.

Desgraciada la finca de europeo por la que acertaba a pasar Hidalgo con su ejército. A la voz tremenda de "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines", los indios se esparcían en los maizales y la cosecha quedaba bien presto leventada; se abrían las trojes, y las semillas guardadas en ellas, en momentos desaparecían. Las riendas, que casi todas las haciendas tenían, quedaban despojadas hasta de los armazones. Matábanse todos los bueyes que eran menester, y si había algún pueblo de indios inmediato, hasta el material del edificio era destruido, para aprovecharse de las vigas y las puertas. Las haciendas de los americanos en los principios de la guerra sufrieron menos, pero en el progreso de ella, todas fueron tratadas del mismo modo.

Fué grande el número de empleos militares que Hidalgo dió, pues para obtenerlos no había más que pedirlos, y cuando todavía no había nada que pudiese merecer el nombre de ejército, abundaban ya los coroneles y oficiales de todas graduaciones, y las promociones se hacían por ligerísimos motivos. D. José María Liceaga, cadete que había sido de dragones de España, de cuyo cuerpo fué despedido, fué entonces nombrado capitán, y habiendo hecho presente a Hidalgo que en Guanajuato no había galoneros que supiesen hacer las charreteras, distintivo de aquel empleo, lo ascendió a teniente coronel, porque era más fácil encontrar galones para ponerse en la manga los dos, que eran la divisa de este grado. Todo este desconcierto desacreditaba la revolución, y él y los saqueos y crímenes que en todas

partes la acompañaban, eran un obstáculo que impedía tomar parte en ella a ninguna persona respetable.

No bastando la larga escala de empleos militares del sistema español, se crearon los títulos desconocidos de coronel de coroneles y brigadier de brigadieres. Los despachos se expedían casi a todos los que los pedían, y cuando apenas había seis o siete mil hombres que pudiesen llamarse soldados, el número de generales y jefes era tal, que hubieran sobrado para proveer a los ejércitos fabulosos de Sesostris o de Jerjes.

(Pronto los gastos de guerra) no bajaban de treinta mil pesos diarios. Para proveer a ellos, Hidalgo hizo uso de todos los fondos del gobierno; de los bienes de los españoles, y de todos los fondos piadosos, sin distinción alguna, ofreciendo "que la nación pagaría".

Aunque las disposiciones de guerra fuesen el objeto principal de Hidalgo, no desatendía otras que pudieran ganarle el afecto del pueblo. Declaró por un decreto la libertad de los esclavos, aunque sin tratar de indemnizar a sus dueños, a quienes impuso la pena de muerte si no cumplían dentro de diez días. Mandó que las tierras de comunidad de los pueblos se cultivasen exclusivamente por los indios. Extinguió los tributos, estanco de la pólvora y papel sellado, y como el desorden a que había dado impulso él mismo se propagaba más allá de sus propios deseos, extendiéndose la rapiña a todo género de propiedades sin distinción, intentó poner remedio con otro decreto, por el que prohibió severamente el tomar bagajes, pasturas y otros objetos, de las fincas de los americanos. Mas todos estos esfuerzos eran inútiles, cuando se había dado rienda suelta a la viciosa propensión al robo, y autorizando como legítimo el despojo de una

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

parte de los individuos de la sociedad, no era posible impedir que se generalizase a todos.

Tan repentino engrandecimiento, hizo desvanecer completamente la cabeza a Hidalgo. Dábasele el tratamiento de "Alteza Serenísima;" acompañaban su persona oficiales que lo custodiaban y se llamaban sus guardias de corps, y en todo se hacía tratar como un soberano. En la corte (de Guadalajara) había funciones a que asistía en toda ceremonia. En una de éstas, una numerosa comitiva le aguardaba en el salón del palacio magníficamente iluminado y adornado; la música estaba prevenida para dar principio al concierto. Abriéronse entonces las puertas del gabinete que estaba a la cabecera de la sala; los guardias de corps precedían, con hachas encendidas en la mano, y el cura Generalísimo se presentó a la concurrencia con gran uniforme, dando el brazo a una dama que estaba entonces en todo el esplendor de la juventud y de la hermosura, y que ahora pasa en México en el olvido los años de la decadencia de la edad.

A medida que creía Hidalgo consolidado su poder, iba dejando caer en el olvido el nombre de Fernando VII, cuyo retrato hizo quitar del dosel bajo el cual recibía en público, e igualmente fueron desapareciendo los vivas y cifras de su nombre que todavía se llevaban en los sombreros, y cuando antes era aclamado por las turbas que seguían la revolución, presentando como objeto de ésta el asegurar estos dominios para su legítimo soberano o sus sucesores, ahora ya se comenzó a insinuar en los impresos y de palabra, que estaban rotos todos los vínculos que ligaban a estos países con el trono español.

Unidos todos estos hechos, y recordando que en el plan de la conspiración encontrado en Querétaro en casa de Epigmenio

tán convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente, y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido muy poca oposición. Nadie ignora que la falta de numerario la ocasiona la península; que la escasez y alto precio de los efectos, es un resultado preciso de especulaciones mercantiles que pasan por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto se escasean en la colonia, se prodigan en la metrópoli”.

Este último punto era materia de grave queja, y uno de los resortes que los independientes movían con mayor fruto, para atraer a su partido al ejército mismo que con ellos combatía. Calleja en otra comunicación reservada al Virrey, instándole para que se conceda algún premio al ejército de su mando, le dice que era mentester por este medio “contrastar la idea que procuran inspirarles por todas partes los sediciosos, ya en conversación y ya en proclamas, de que exponen sus vidas sin utilidad, en beneficio de un gobierno que no les dispensa premio ni ventaja alguna, al paso que serían todas suyas, si se convirtiesen en favor del que procuran establecer.”

Ni era tampoco muy de temer la resistencia que oponía los europeos. Calleja, en la misma correspondencia reservada con el Virrey, se queja de que “siendo aquella una guerra cuya divisa era el exterminio de los europeos, se hubiesen mantenido éstos en inacción a vista del peligro, huyendo cobardamente en vez de reunirse, tratando sólo de sus intereses, manteniéndose pacíficos espectadores de una lucha en que les tocaba la mayor parte, y dejando que los americanos, esta porción noble y generosa, que con tanta fidelidad ha abrazado la buena causa, tome a su

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

cargo la defensa de sus vidas y propiedades." Calleja, en vista "de un egoísmo tan perjudicial, que había llevado las cosas hasta el extremo en que estaban, y que podría conducir las hasta su última ruina, si no se aplicase el pronto remedio que las circunstancias exigían", propuso al Virrey "que se obligase a todos los europeos indistintamente a tomar las armas, hasta la edad de sesenta años, lo que sería al mismo tiempo una garantía de la fidelidad de las mismas tropas americanas".

¿Cómo, pues, se preguntará con razón, contando con tantos y tan poderosos medios de acción, con una opinión favorablemente preparada, y con tan débil resistencia de parte del enemigo con que había de combatir, en vez de obtener un pronto triunfo, Hidalgo, que había llegado hasta las puertas de la capital, acaba por perder todas las provincias que había ocupado, tiene que huir hacia un país extranjero, y sorprendido en su fuga, muere miserablemente en un patíbulo con todos sus compañeros? El sistema atroz, impolítico y absurdo que Hidalgo siguió, satisface completamente a esta pregunta, y la contestación se funda en los varios e inconexos elementos que componen la masa de la población mexicana.

Hidalgo sublevó contra la parte de la raza española nacida en Europa, la parte de esta misma raza nacida en América, especialmente a los numerosos individuos de ella que careciendo de propiedad, industria y otro honesto modo de vivir, pretendían hallarlo en la posesión de empleos, y llamó en su auxilio a las castas y a los indios, excitando a unos y a otros con el cebo del saqueo de los europeos, y a los últimos en especial con el atractivo de la distribución de tierras. No es extraño pues que los prosélitos corriesen a ofrecerse a millares, como Hidalgo dijo en sus

declaraciones, por dondequiera que sus comisionados se presentaban, proclamando el saqueo de los españoles, que siendo los comerciantes y parte más acaudalada del reino, quería decir el saqueo de casi todas las tiendas y de multitud de casas y de fincas rústicas. Para Hidalgo este sistema asolador fué no solo un modo fácil de propagar la revolución, sublevando a las clases proletarias contra las poseedoras sino un medio de salvación y seguridad para él mismo y sus compañeros. Descubierta en Querétaro la conspiración que tramaban, cuando apenas comenzaba a formarse contando todavía con poquitos medios de ejecución, los conspiradores se veían en el riesgo inminente de ser presos y castigados: "Somos perdidos, dijo Hidalgo a sus compañeros, aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines." La idea fué adoptada a pesar de la oposición de Aldama, y en el mismo instante se empezó a ejecutar con los españoles residentes en Dolores. Esta fué la voz, la divisa de la revolución, pues el haber agregado a ella la impía invocación de la Virgen de Guadalupe, asociación que cierto escritor encuentra sublime por haber unido en una misma causa un objeto tan venerado del culto de los mexicanos con el que lo era de su odio, excitando a un tiempo las dos pasiones más capaces de conmover el corazón humano, el fanatismo religioso y la venganza y rivalidades políticas, fué una cosa accidental que para nada había entrado en el primer designio de la revolución.

Mas si este atractivo del saqueo formaba de pronto partidarios en gran número, hacía también enemigos de los que de otra manera hubieran sido amigos, o se hubieran mantenido indiferentes. Así sucedió que generalizándose el robo a toda clase de propietarios, los europeos a quienes Calleja acusaba de mantener-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

se fríos espectadores de la lucha y los criollos a cuyas haciendas había alcanzado ya el pillaje, se vieron en la necesidad de hacer armas para defenderse y unirse al gobierno, aun los que profesaban opiniones independientes, para buscar una protección que les era necesaria, y la guerra vino a ser no ya la lucha entre los que querían la independencia y los que resistían, sino la defensa natural de los que no querían dejarse despojar de sus bienes, contra los que, siguiendo el impulso que Hidalgo había dado a la revolución, no tenían más objeto que robar a todos, en son de proclamar la independencia. "Hidalgo y los que le sucedieron, siguiendo su ejemplo", —dice don Agustín de Iturbide—, "desolaron el país, destruyeron las fortunas, radicaron el odio contra europeos y americanos, sacrificaron a millares de víctimas, obstruyeron las fuentes de las riquezas, desorganizaron el ejército, aniquilaron la industria, hicieron de peor condición la suerte de los americanos, excitando la vigilancia de los españoles a vista de peligro que les amenazaba, corrompieron las costumbres, y lejos de conseguir la independencia, aumentaron los obstáculos que a ella se oponían". "Si tomé las armas en aquella época, no fué para hacer la guerra a los americanos, sino a los que infestaban el país," y esto mismo fué lo que otros muchos hicieron.

El estímulo ofrecido de la concesión de empleos, fué desde el principio materia de graves abusos. Habiéndose lanzado en la revolución todos los que no tenían medios de vivir, con el fin de adquirirlos por los empleos que se le confiriesen, se vieron los jefes de la insurrección en la necesidad, para complacer a tantos, de nombrar multitud de jefes y oficiales absolutamente inútiles y los más de ellos incapaces de prestar servicio alguno, de donde procedió que apenas habían corrido seis meses desde el grito del

pueblo de Dolores, cuando ya era grandísimo el número de capitanes generales, tenientes generales, mariscales de campo y brigadieres; innumerables los coroneles, y en proporción todos los subalternos. Todos los jefes principales daban estos empleos, como dijo Hidalgo en sus declaraciones, y cada uno con tal profusión, que hablando de sí mismo, con motivo de las personas cuyos servicios ofreció premiar en Sonora, asentó, que no se acordaba quiénes fuesen, "siendo tantos los títulos que cada día se despachaban". A medida de la facilidad que había para dar, era la exigencia en pedir y el disgusto de no obtener, y a esta causa se atribuye la determinación de Elizondo para hacer la contrarrevolución de Monclova y prisión de los jefes de la insurrección, por habersele rehusado el empleo de Teniente General, a que se creía acreedor.

Un ejército en que los jefes se contaban a centenares, no tenía, sin embargo, nada que mereciese el nombre de soldados. Los regimientos de milicias provinciales que se declararon por la revolución, capaces por sí solos de hacer frente al ejército de Calleja, compuesto de igual clase de tropa y no en mayor número que el que aquéllos componían, en vez de mantenerse como un núcleo de ejército, al que se fuesen agregando los cuerpos que de nuevo se formasen, se perdieron y confundieron entre la muchedumbre desordenada, y su armamento, que era tan importante conservar, pues que la falta de fusiles era una de las causas que más contribuían a la superioridad de los realistas, se extravió e inutilizó, por la desorganización en que entraron aquellas tropas. Es, sin embargo, de creer que aun cuando se hubiesen conservado bajo un buen pie, el resultado de las funciones de guerra hubiera sido el mismo, por falta de generales ca-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

paces de hacer frente a Calleja, pues por una triste experiencia, hemos podido ver en una época más reciente, que de nada sirve el número de tropas con regular instrucción, lucido aspecto y abundante armamento, artillería y municiones, no teniendo generales y jefes capaces de conducirlos al combate. Entre los muchos que llevaban estos títulos, había varios eclesiásticos y estos clérigos tenientes generales, estos legos mariscales de campo, esta mezcla del solideo y las capillas con los bordados y del incensario con la espada, no servía más que para poner en ridículo las dos profesiones mezcladas entre sí, contra la índole de la una y de la otra, y hacer más chocantes y escandalosos los excesos con que se mancharon algunos de estos eclesiásticos marciales, como los famosos legos juaninos de San Luis Potosí. Este mal ejemplo cundió en adelante en uno y otro partido, y en ambos se presentaban multitud de individuos del clero secular y regular, con distintivos y divisas guerreras.

Pero en este género nada influyó tanto en el descrédito de la revolución, como la pompa regia que desplegó en Guadalajara el cura Generalísimo. El tratamiento de Alteza Serenísima; el hacerse acompañar por los guardias de corps; todo era materia de censura para sus mismos compañeros, quienes en sus tertulias y conversaciones se burlaban de esta vana ostentación, que contribuía en gran manera a confirmar la idea que Calleja da por segura, de que como he dicho en otro lugar, si la victoria hubiera favorecido a Hidalgo en Calderón, México hubiera visto un trono teocrático, y la corona del imperio hubiera venido a asentarse sobre la del sacerdocio.

Los grandes recursos pecuniarios que producían tantos despojos recogidos en las provincias más ricas del reino, venían a

desaparecer en la confusión y el desorden. “Aunque es cierto —dijo Hidalgo, contestando a la vigésima segunda pregunta de las que en su proceso se le hicieron— que la masa de la insurrección se ha apoderado y dilapidado muchos caudales de todas clases, no es grande la cantidad que ha entrado en el fondo de ella, pues por lo que toca al declarante, apenas habrá entrado en su poder un millón de pesos”. Esta suma está evidentemente muy disminuida, pues sólo las partidas conocidas que Hidalgo percibió en Valladolid y Guadalajara, exceden mucho de aquella cantidad; pero siempre resulta de esta declaración, que la ruina de todas las poblaciones ocupadas por los insurgentes y la destrucción de tantas fortunas, no tenía más resultado que satisfacer por un momento la codicia de los generales, de los cuales dice Abasolo, que por no tener sueldo asignado, “el que no estafaba o robaba, no podía mantenerse”, y contentar el deseo de rapiña que se había excitado en el pueblo, sin que por esto entrasen en la tesorería caudales correspondientes al daño causado, y mientras Hidalgo veía, sin poderla él mismo remediar, esta escandalosa dilapidación y ruina, le prevenía a Hermosillo que no estableciese un correo del Rosario a Guadalajara, cuando más importante era la frecuente comunicación entre ambos puntos, si la correspondencia de los particulares no ascendía a una cantidad que cubriese los gastos. Economía ridícula en cosas necesarias, cuando había tanto despilfarro en lo que se debía haber evitado y contenido.

Si, pues, el desorden y la anarquía habían sido un medio fácil de propagar la revolución, lisonjeando las más ruines propensiones de la muchedumbre, este depravado medio era un obstáculo para consolidar y dar una forma regular a lo que se

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

había hecho. Se habían puesto en insurrección a la verdad en brevísimo tiempo, las más pobladas y florecientes provincias del reino. A la voz de “viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines”, la multitud había corrido a echarse sobre los bienes y personas de éstos, y sin haber indicado un objeto político, un fin racional para tan gran movimiento, pues no se empezó a hablar de independencia hasta después de ocupada Guadalajara, cuyo resultado sólo lo entreveían los más advertidos, la revolución parecía consumada, sin saber todavía para qué se había hecho. Pero en medio de estas rápidas y aparentes ventajas, no se había formado un ejército; se había desorganizado, sí, el que había, y una muchedumbre de generales, ignorantes, cobardes e ineptos, guiaba una masa informe, sin instrucción, incapaz de todo movimiento estratégico y pronta a huir a los primeros tiros. Las provincias más florecientes, no eran otra cosa que ruinas. El comercio, la minería, la industria, todo había sido destruido. Multitud de familias antes acomodadas y entonces sumergidas en la miseria, llorando en la orfandad y el abandono; la muerte de un padre, de un marido, de un protector. Hoy que esta escena de desolación está ya lejos de nuestra vista y que quedan pocos de los que la presenciaron, no produce la simple relación el efecto doloroso que causaba el ver las familias ausentándose de sus hogares, para seguir a los europeos que les pertenecían, a los puntos a donde los conducían presos, o retirándose después del asesinato de éstos a solicitar de la caridad y beneficencia un sustento, que antes les procuraba la actividad y laboriosidad de aquéllos; no hallar por todas partes más que haciendas saqueadas, casas robadas, minas y negociaciones de toda clase paralizada. ¡No! Si la independencia no podía promoverse

por otros medios, nunca hubiera debido intentarse, pues además de que por los que se emplearon nunca se habría llegado a efectuar, siendo ella materia de pura conveniencia, no podía esperarse ninguna mejora con respecto al estado de prosperidad en que el país estaba, comenzando por destruirlo.

No fueron sólo del momento las consecuencias funestas del atroz sistema de Hidalgo. Su trascendencia ha sido larga y no menos perniciosa en lo sucesivo. La destrucción de la parte europea de la casta o clase hispanoamericana, se consumó después de hecha la independencia por los dos primeros presidentes de la República, que formados en la escuela de la insurrección, hicieron salir del país a todos los españoles que habían escapado al cuchillo de Hidalgo y sus compañeros, causando, aunque sin derramamiento de sangre, la misma destrucción de familias, la misma ruina de capitales o la emigración de éstos, que fueron perdidos para la nación. Pero la parte mexicana de esta clase de la población, presumió demasiado de sí misma, cuando creyó que podía impunemente contribuir a la destrucción de la parte europea, y que bastaba a llenar el hueco que los españoles dejaban. Privada por la falta de éstos de la refacción continua de capitales que ellos creaban y de la renovación de familias que formaban, la casta hispanoamericana camina aceleradamente a una ruina inevitable.

Se arrancó el comercio de las manos de los españoles, pero no fué para ser ejercido en su lugar por manos mexicanas, sino que éste y todas las industrias que aquéllos practicaban, han pasado a extranjeros de diversas naciones, que sin arraigo ninguno en este suelo, sin considerarlo más que como un lugar de mansión pasajera, no tratan otra cosa que de enriquecerse pronto por

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

toda especie de medios, aun los más destructivos para el país, para volver al suyo. Los españoles que han quedado, o que han ido de nuevo viniendo, considerados como extranjeros, hacen por lo general lo mismo que éstos, careciendo de aquellos lazos de afecto que antes les hacían ver este país como suyo, y la casta hispanoamericana, hundiéndose en la miseria a medida que van acabándose las pocas fortunas que quedan heredadas de sus padres, pues raras son las que de nuevo se han formado, más bien por la casualidad de las bonanzas de las minas o por negocios con el gobierno que por otras artes e industrias, no busca otros medios de subsistencia que los empleos o la abogacía.

Los primeros, en consecuencia, se han aumentado extraordinariamente en la magistratura, en el ejército, en la administración. Todas las rentas de la nación no bastan para pagar sueldos de funcionarios, que en lo general sirven muy mal en sus puestos. Las gabelas se multiplican para cubrir aquéllos, oprimiendo y consumiendo a la clase productiva, bien poco numerosa por otra parte, y como en la época de Hidalgo y repitiendo lo que él hizo, los generales se han contado a centenares, sin que haya quien haga frente al enemigo, con muy pocas y honrosas excepciones.

Las revoluciones han menudeado para ganar en ellas y no en el campo de batalla contra el enemigo extranjero, las bandas y los bordados, y el ejemplo dado en la insurrección por las tropas de las Provincias internas, de hacer traición al gobierno para pasarse al bando opuesto, y hacer otra traición al partido que acababan de abrazar para ganar el favor del contrario, ha sido cosa tan usual y frecuente, que ni aun siquiera llama la atención.

Así se ha realizado por una multitud de revoluciones continuas y sucesivas, la terrible predicción de Hidalgo, cuando por los desórdenes que había visto, dijo en su proceso "que la experiencia le hacía palpar, que su proyectada independencia, acabaría, lo mismo que había empezado, por una absoluta anarquía, o por un igual despotismo".

Esta horrenda revolución es, sin embargo, la que se ha querido hacer que la República Mexicana reconozca por su cuna. Los individuos que la promovieron no sólo no hicieron la independencia, sino que la retardaron e impidieron, y con los principios que propagaron, fueron causa de que cuando llegó a verificarse, no ha producido ninguno de los frutos que debía, y no ha sido para la nación mexicana más que una fuente continua de desgracias.

A ellos, no obstante, se les ha querido atribuir la gloria, si no de haberla hecho, a lo menos de haberla intentado y llevado tan adelante que la posterior ejecución de la empresa, se ha presentado como una consecuencia de lo que ellos habían adelantado, privando a Iturbide de lo que justamente le corresponde. Mas no puede dudarse que llegará el tiempo en que prevaleciendo el buen sentido sobre las preocupaciones e intereses del momento, se juzgarán los hechos con imparcialidad, y se acabará por reconocer y confesar, que Hidalgo, Allende y sus compañeros, se lanzaron indiscretamente en una revolución que eran enteramente incapaces de dirigir; que no hicieron otra cosa que llenar de males y desventuras incalculables a su patria, y que habiendo sido desgraciado el resultado de su empresa, no pudie-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

ron cubrirlos y hacerlos olvidar con el triunfo, que muchas veces hace perder de vista los medios inicuos que han servido para obtenerlo.